

En su soledad, *El coronel no tiene quien le escriba*

María Espinoza

Florida International University

La novela breve de Gabriel García Márquez *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) es llevada al cine por el reconocido director mexicano Arturo Ripstein y su inseparable guionista Paz Alicia Garciadiego en 1999. Filmada en Chacaltianguis, Veracruz, el metraje cuenta con un elenco de artistas reconocidos como Fernando Luján, Marisa Paredes y Salma Hayek. La película, de corte político e inspirada en la realidad de Colombia, se considera una de las historias más emotivas de Gabriel García Márquez. Amén de la figura entrañable del viejo coronel retirado que espera una pensión militar por sus servicios en la guerra civil que nunca acaba de llegar. El novelista expresó, en una entrevista concedida al escritor cubano Manuel Pereira en 1979, que la historia es una de sus favoritas: “Yo creo que es mi mejor libro, sin lugar a dudas. Además, y esto no es una *boutade*, tuve que escribir *Cien años de soledad* para que leyeran *El coronel no tiene quien le escriba*” (Rentería 209).

Como revela la trama del filme, esta espera de cincuenta y cinco años, sume al viejo coronel en una desolación total. Su desesperanza y desamparo se ven reflejados en todos los aspectos de su vida; en el abandono por parte del gobierno, en la muerte de su único hijo asesinado por ese mismo gobierno y en el desolado pueblo en el que vive. A lo largo de la cinta descubrimos que la única constante en la vida de este coronel es la soledad; su vida se ha convertido en una larga espera.

En un estudio sobre la vida y obra de García Márquez, Collazos afirma que al igual que el coronel, el escritor se encontraba prácticamente solo en París. Había llegado como corresponsal de prensa del diario *El Espectador de Bogotá* con la secreta intención de estudiar cine: “. . .

durante su primera estancia en París, cuando tiene lugar la redacción de *El coronel no tiene quien le escriba*, García Márquez se encuentra allí, prácticamente solo sin la remesa mensual que le permita sobrevivir en esa ciudad de bruma” (45). Así, el ambiente del relato refleja esa época difícil por la que pasa el escritor al clausurarse el diario para el que trabajaba; son tiempos de grandes privaciones que lo sumen en una total pobreza y desolación.

La historia, que tiene lugar en un pueblo ficticio y anónimo del norte de Colombia, describe la trágica situación sociopolítica. La extrema pobreza de la mayoría de la población, el poder en manos de los militares, la ciudad en estado de sitio, la libertad de expresión limitada y controlada muy de cerca por el gobierno, constituyen algunos de los problemas que afligieron a ese país el siglo pasado. Otros dos eventos importantes relacionados con la desolación del coronel y mencionados en la película son la guerra de los Mil Días (1899-1902) y la huelga bananera de 1928.

La guerra de los Mil Días es la primera referencia histórica que se menciona en el filme, cuyo origen se encuentra en una división en la estructura política entre el partido conservador y el partido liberal. Terminado el conflicto, gracias a la firma de varios tratados entre los partidos, la desolación y desesperanza del coronel se intensifican aún más con la llegada de las compañías bananeras, obligándolo a partir de su pueblo natal, Macondo, en 1906: “Meanwhile Macondo was inundated with people from out of town who came there to work in the booming economy of the banana plantations. The new social and economic wave forced the proud and dignified coronel to leave Macondo” (Pelayo 54). Las vivencias del coronel no hacen más que evidenciar la situación que muchos veteranos de la guerra tuvieron que afrontar, los cuales fueron reclutados cuando eran apenas unos adolescentes, viviendo después sin recibir la pensión por su servicio.

En la película, se hace referencia a la llegada del mes de octubre y con él las lluvias a esa pequeña ciudad portuaria. Desde hace muchos años, el coronel asiste al muelle cada viernes para ver llegar al administrador del correo con la esperanza de que traiga un documento con el resultado de su “gestión”. De este modo, el aislamiento geográfico de ese pueblo sin nombre, dominado por la violencia, refleja aún más el tema de la soledad. El único contacto de sus habitantes con el mundo ocurre una vez a la semana con la llegada del correo.

La cinta retrata al coronel, uno de los personajes mejor estudiados y trazados de la obra de García Márquez, como un viejo militar retirado de setenta y cinco años que vegeta en las ruinas de una casa hipotecada, esperando la pensión del gobierno que nunca llega. Su cuerpo es un desastre, sufre de dolencias climáticas y de terribles hambres “nacen como hongos y lirios venenosos en sus tripas.” Algunas veces pareciera ser un individuo caprichoso, soñador y cómico; otras, loco, maniático y trágico; y aunque a simple vista el destino del anciano parece miserable, la espera absurda de su pensión le da una razón para seguir viviendo. Así, la resignación y la esperanza conviven al mismo tiempo. La fe en que un día la carta finalmente llegará y que su gallo vencerá lo ayuda a sobreponerse a la adversidad. El coronel “comes across as an unwaveringly heroic optimist who refuses to be disheartened by the bleakness of his circumstances” (Pontiero 481). Pocos personajes del cine latinoamericano seducen y tocan el corazón tanto como él porque no sólo tiene personalidad, sino también alma.

Junto al coronel sin nombre y apellidos, la esposa, también sin nombre, sufre de la pobreza en todas sus manifestaciones: el hambre, las deudas, las miradas de compasión, la esperanza fallida, la frustración, los negocios truncados, la carencia de ropa, la enfermedad y la muerte son cosas de todos los días. Desde hace años, la mujer no ha experimentado más que frustración tras frustración. Las autoridades de su país han hecho caso omiso a su situación y ya

no confía más en el coronel o en sus decisiones. Pero aún cuando le está reprochando constantemente su falta de carácter, su capricho por retener al gallo y su insistencia en esperar una carta que nunca llega, el coronel jamás deja de soñar con un futuro mejor para ambos.

Ortega enfatiza que “el coronel es desarrollado por oposición a su esposa; sin embargo, ambos se complementan perfectamente como Don Quijote y Sancho Panza” (47). Él no puede entender la manera en que su mujer ve las cosas, quien, a su vez, tampoco puede comprender cómo piensa el coronel. Sin embargo ella, a diferencia de él, no es soñadora o idealista; todo lo contrario, es una mujer muy práctica, con una concepción del mundo muy real. Es ella, finalmente, quien pone al coronel contra la espada y la pared, y lo obliga a hacer frente a la realidad:

‘Y mientras tanto qué comemos’, preguntó, y agarró al coronel por el cuello de la franela. Lo sacudió con energía. Dime, qué comemos. El coronel necesitó setenta y cinco años, los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto, para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder: Mierda. (85)

Como en toda la obra de García Márquez, la mujer es la encargada de poner la nota de sensatez y racionalidad frente al infantilismo de los personajes masculinos. En esta historia es la asmática anciana quien obliga al coronel a vender el gallo a don Sabas, el ricachón del pueblo, y quien se humilla por conseguir dinero a cambio de posesiones personales como los anillos de compromiso. Es ella también la que se las ingenia para solventar los gastos diarios de la casa, y a pesar de sufrir más que su marido por esa realidad, la desolación y el abandono del sistema la convierten en una mujer decidida.

Aunque ya fallecido, la influencia de Agustín, hijo de la pareja, es también determinante en el desarrollo y en la interacción de los personajes en esta historia de soledad. Por el narrador sabemos que muere acribillado en manos de la policía al ser descubierto repartiendo literatura clandestina en la gallería. La muerte del joven se convierte así en un símbolo de la represión perpetrada por el régimen militar colombiano.

Para el coronel y su esposa, la muerte prematura de su único hijo contribuye aún más a la situación de soledad y abandono en que viven: “Somos huérfanos de nuestro hijo”, afirma el anciano (42), quien en su afán de mantener vivos el legado y la memoria de Agustín, decide continuar con la tradición de la pelea de gallos y con la distribución de propaganda clandestina. Luego de su muerte, el doctor Giraldo, amigo de la familia, es ahora el que sirve de enlace con las guerrillas y el que distribuye indirectamente propaganda subversiva. A través de él, el coronel y algunos ciudadanos pueden obtener noticias de fuera. Este buen samaritano representa la solidaridad y honestidad casi desvanecidas en las vidas de estos dos seres. Él es uno de los pocos individuos que se compadece de la situación de los ancianos y no les cobra por su servicio.

En la película la figura del pobre matrimonio y la del médico se contraponen a la de don Sabas, el ricachón y dirigente político del pueblo, quien fuera padrino de su difunto hijo. Deshonesto y sin escrúpulos, Sabas, también traiciona la gran amistad que lo une al coronel en aras de la obtención de una riqueza inmediata. Es el único miembro del partido del coronel que escapó a la persecución, gracias a su amistad con el alcalde del pueblo. Este hombre representa al sector de la sociedad que se beneficia de las injusticias sufridas por la población. Al final de la historia, la cuidadosa descripción de cada uno de los personajes es una manera de crear el ambiente de pobreza, violencia y soledad en el que viven los habitantes de este pueblo.

El tema fundamental en *El coronel no tiene quien le escriba* es la soledad de un pueblo y de un individuo en un contexto histórico excepcional de Colombia; alrededor giran otros temas secundarios. El viejo coronel, a la espera de una carta que reconocerá sus servicios, confiesa al médico que encuentra en la oficina de correos: “Yo no tengo quien me escriba” (20). De este modo, la espera de cada viernes se convierte en un acto de soledad, y lo es, aún más, el modo de vida de su esposa. Ella sólo sale de su casa dos veces para tratar de vender las posesiones que les quedan.

Otros temas relacionados con la soledad son la injusticia y la violencia, cuya atmósfera vivida en el período histórico en el que se desarrolla la novela puede ser percibida a lo largo de la narración. Así, la historia comienza con el coronel preparándose para la celebración del funeral del músico; primera muerte natural que ocurre en muchos años. El caso de muerte violenta que se menciona en el rodaje es el del asesinato de Agustín, único hijo del coronel, por repartir propaganda clandestina. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de las historias de violencia “which are catalogues of death and methods of torture, Márquez’s books look for the motives and consequences” (Box 24).

En *El coronel no tiene quien le escriba*, la violencia e injusticias sufridas por la población están también relacionadas con la pobreza en la que vive la pareja de ancianos. El dinero, las posesiones y lo más esencial para la supervivencia del ser humano son escasos en su hogar. Un catre, un reloj de cuerda, una cocina, un paraguas roto y destruido por la polilla, muy poca ropa con olor a naftalina, son algunas de las pocas pertenencias de este matrimonio. Irónicamente, en un país como Colombia, conocido por sus cafetales, el anciano tiene que raspar el interior del tarro de café hasta que se desprendan las últimas raspaduras del polvo. Más aún,

muchas veces tiene que hervir piedras para que los vecinos no se den cuenta de la situación tan precaria en la que vive su mujer y él.

En un estudio sobre el tema de la carencia, García discute su valor y sentido literal en la novela: “El discurso de la carencia ... desde la primera frase en que el viejo coronel, un signo ya sin poder de transformación, escarba café de una vasija vacía; la historia es concebida aquí críticamente como tiempo de deterioro, y la representación es una clausura” (60). Al parecer, el coronel no es únicamente un hombre pobre, sino también un individuo dejado de lado por un sistema político y social que no se preocupa por pagarle lo que le corresponde legalmente: su pensión de veterano de guerra. En definitiva, las injusticias sufridas por los pobres del pueblo son un recuerdo de las sufridas por Colombia durante ese período.

Si el personaje del coronel es el eje del filme, el gallo es el símbolo más importante y alrededor del cual se centra la acción. Desde que aparece por primera vez amarrado a la pata de la cama, se le llama un “gallo de pelea” (24). Es el animal consentido del coronel porque es la única herencia que le dejó su hijo muerto. Lejos de ser el causante de la perdición de Agustín, como así lo cree la anciana al afirmar que “estos malditos gallos fueron su perdición” (26), el gallo representa también la última esperanza de supervivencia del coronel: “El gallo es pues esa semilla de salvación, esa encarnación de vida nueva, el Cristo resucitado, que dará finalmente sentido a la vida del personaje contra toda sollicitación de orden superficial” (Borrero 28). Así, la vida de los ancianos gira alrededor del gallo porque ha sustituido a su hijo Agustín, una especie de continuación afectiva a través de la muerte.

Para los hombres del pueblo, las peleas de gallos tienen también un gran valor significativo. Estas reflejan las concepciones de identidad masculina. Para Dundes, “Cockfight provides a male framework for identity and self-esteem which is oblivious of social class and

political domination” (168). En efecto, a veces, los personajes quieren vender el gallo; otras, deciden que siga peleando en las peleas galleras. Esto último será un entretenimiento para el pueblo y la causa contestataria de Agustín, quien también había sido adicto a estas peleas, y por ellas entregó la vida. La pelea de gallos no es más que un artificio utilizado por García Márquez para echar una mirada hacia el pueblo y la sociedad que rodean al militar, a su esposa, y al recuerdo siempre presente y ominoso del hijo. Es tal recuerdo, y su materialización en el gallo de pelea, lo que permite al escritor aunar lo individual con lo social. Como el ambiente de las galleras del pueblo, el ambiente de Colombia es también convulsionado y violento. Lo que rodea a la trama eminentemente íntima -los sentimientos melancólicos y anhelantes del anciano militar- nos lleva a las turbulencias de las Américas hispanas y es en eso, justamente, en lo que recae su éxito.

El coronel no tiene quien le escriba constituye una de las mejores obras de su autor. Seduce por la sencillez y la intriga que emanan desde la primera palabra y el humor negro característico en Gabriel García Márquez, pero, sobre todo, cautiva por el profundo conocimiento del alma humana. Todos los amplios significados de su trama -sea psicológica, verbal o de acto- no son despreciados en la concisión casi periodística en que está escrito.

La película narra con mucho detalle y realismo las penalidades sociales, económicas y políticas de la Colombia de la época. Por la sencillez de sus mecanismos expresivos, el filme favorece además una lectura directa. El director elabora en la cinta un lenguaje contenido, claro, con una adjetivación mínima y lleno de expresiones populares, como hace el escritor en la novela al descartar cosas superfluas, ahorrar palabras, expresar claridades y dejar a un lado la retórica:

La precisión, la claridad, la reticencia, la economía idiomática le tuercen el cuello a la retórica, de “engañoso plumaje”, que dijo el poeta. Hay un halo de cosas

apenas sugeridas, de medias luces, de silencios elocuentes, de milagros secretos.

Un soplo de misterio recorre este prodigioso de apenas noventa páginas. No hay “lastres” en él. (Mejía 39)

La decadencia física, la rebeldía contra la situación actual, el recuerdo del hijo muerto, la esperanza en la pensión y el gallo, la lucha contra la enfermedad y el olvido se transmiten mediante la palabra, como ocurre con la que termina el relato, la cual refleja la rebeldía contenida del coronel a lo largo de toda su existencia por el abandono del que ha sido víctima. Alfaro asegura que “el coronel se ve convertido en materia fecal por el desprecio del hombre armado, y su suerte se asimila con la de todo el pueblo, de ese ‘pueblo de mierda’ como decía don Sabas” (95). Esta manera de narrar los aspectos de la vida cotidiana pone al lector en conexión directa con la obra y la realidad, capacitándolo para entender sus mensajes. Según Britton, “its economy, verbal precision, tension, and lack of sentimentality are all carefully harnessed to the task of revealing the tragicomedy of lives that are passed in empty frustration” (1019).

La novela de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, llevada a la gran pantalla por el director Arturo Ripstein, es una metáfora de la soledad colombiana; un pueblo sin nombre cuya geografía imaginaria describe la realidad de cualquier pueblo del trópico latinoamericano. La historia comienza y culmina con una espera, nada se resuelve a lo largo del filme. La única constante es la soledad del coronel y del pueblo. El anciano, sumido en la desolación y el abandono del que ha sido víctima, termina con la única cosa que lo ha acompañado toda su vida, la soledad.

Hernández revela que “en su literatura García Márquez ha creado un pueblo que es un espejo desde el cual podemos mirarnos y desde el cual el mundo nos puede mirar”. Este es un

pueblo genérico que constituye “una enorme metáfora de Latinoamérica” (37). Gracias a la escritura y al cine, este pueblo olvidado, invisible y oprimido, se convierte en un pueblo de todos con el cual cualquier lector latinoamericano puede identificarse. La película, además de reflejar la violencia en la que está sumido el país, recoge la esperanza y la ilusión de que está hecho cada ser humano. Como el coronel, muchos latinoamericanos hoy en día tampoco tienen quien les escriba y sobreviven de la caridad pública, esperando el correo.

Obras citadas

- Alfaro, Gustavo. *Constante de la historia de Latinoamérica en García Márquez*. Cali: Talleres Gráficos Banco Popular, 1979.
- Borrero, Juliana. *Estudio literario: El Coronel no tiene quien le escriba*. Ed. Alfonso Carvajal. Bogotá: Panamericana Editorial, 2001.
- Box, J.B.H. *García Márquez: El coronel no tiene quien le escriba*. London: Grant and Cutler Limited, 1984.
- Britton, R.K. "El coronel no tiene quien le escriba". *The Modern Language Review* 83:4 (Oct 1988): 10-19.
- Collazos, Oscar. *Gabriel García Márquez: La soledad y la gloria, su vida y obra*. Barcelona: Plaza y Janés, 1993.
- Dundes, Alan, ed. *The Cockfight: A Casebook*. Madison: University of Wisconsin P, 1994.
- García Márquez, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Bogotá: Editorial Norma, 1991.
- García Méndez, Javier. "El coronel no tiene quien le escriba: Novela de la carencia", *Casa de las Américas* 170 (1988): 28-39.
- Hernández, Iván, ed. *A propósito de Gabriel García Márquez y su obra*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Norma, 1991.
- Mejía Duque, Jaime. *Mito y realidad en Gabriel García Márquez*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1970.
- Ortega, Julio, ed. *Gabriel García Márquez and the Powers of Fiction*. Austin: U of Texas P, 1988.
- Pelayo, Rubén. *Gabriel García Márquez. A Critical Companion*. Ed. Kathleen Gregory. Westport, CT: Greenwood P, 2001.

Pontiero, Giovanni. "El coronel no tiene quien le escriba by Gabriel García Márquez". *The Modern Language Review* 79:2 (Apr 1984) 480-81.

Rentería Mantilla, Alfonso, ed. *García Márquez habla de García Márquez*. Bogotá: Rentería Editores, 1979.